

mo con un ímpetu generoso, hace fuerza á su carne para que se sujete á su voluntad, y á su voluntad para que se sujete á su entendimiento, y á su entendimiento para que entienda en Dios y por Dios, unido á Dios por el vínculo de los deberes.

No es esta ocasion de exponer con cuáles condiciones y cuáles ayudas puede la voluntad humana levantarse á esfuerzo tan sobrenatural y tan alto. Lo que nos importa ahora, es consignar aquí el hecho evidente de que sin ese levantamiento por parte de la voluntad, manifestado en la aceptación voluntaria del dolor, no puede ser restaurada aquella soberana armonía y aquel concierto prodigioso que puso Dios en el hombre y en todas sus potencias.

CAPÍTULO III.

DOGMA DE LA SOLIDARIDAD.—CONTRADICCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL.

CADA uno de los dogmas católicos es una maravilla fecunda en maravillas. El entendimiento humano pasa de unos á otros como de una proposición evidente á otra proposición evidente, como de un principio á su legítima consecuencia, unidos entre sí por la lazada de una ilación rigurosa. Y cada nuevo dogma nos descubre un nuevo mundo, y en cada nuevo mundo se tiende la vista por nuevos y mas anchos horizontes, y á la vista de esos anchísimos horizontes el espíritu queda absorto con el resplandor de tantas y tan grandes magnificencias.

Los dogmas católicos explican por su universalidad todos los hechos universales; y estos mismos hechos, á su vez, explican los dogmas católicos: de esta manera, lo que es vario se explica por lo que es uno, y lo que es uno por lo que es vario; el contenido

por el continente, y el continente por el contenido. El dogma de la sabiduría y de la providencia de Dios explica el orden y el maravilloso concierto de las cosas creadas; y por ese mismo orden y concierto vamos á parar á la explicacion del dogma católico. El dogma de la libertad humana sirve para explicar la prevaricacion primitiva; y esa misma prevaricacion, atestiguada por todas las tradiciones, sirve de demostracion de aquel dogma. La prevaricacion adámica, á un mismo tiempo dogma divino y hecho tradicional, explica cumplidamente los grandes desórdenes que alteran la belleza y la armonía de las cosas; y esos mismos desórdenes, en sus manifestaciones evidentes, son una demostracion perpétua de la prevaricacion adámica. El dogma enseña que el mal es una negacion, y el bien una afirmacion; y la razon nos dice que no hay mal que no se resuelva en la negacion de una afirmacion divina. El dogma proclama que el mal es modal, y el bien sustancial; y los hechos demuestran que no hay mal que no se resuelva en cierta manera viciosa y desordenada de ser, y que no hay sustancia que no sea relativamente perfecta. El dogma afirma que Dios saca el bien universal del mal universal, y un orden perfectísimo del desorden absoluto; y ya hemos visto de qué manera todas las cosas van á Dios, aunque vayan á él por caminos diferentes, viniendo á constituir por su union con Dios el orden universal y supremo.

Pasando del orden universal al orden humano, la conexion y armonía, por una parte, de los dogmas entre sí; y por otra, de los dogmas con los hechos, no es menos evidente. El dogma que enseña la corrupcion simultánea en Adán del individuo y de la especie, nos explica la trasmision, por via de generacion, de la culpa y de los efectos del pecado; y la naturaleza antitética, contradictoria y desordenada del hombre, que todos vemos nos lleva como por la mano, de induccion en induccion, primero al dogma de una corrupcion general de toda la especie humana, despues al dogma de una corrupcion transmitida por la sangre, y por último al dogma de la prevaricacion primitiva; el cual enlazándose con el de la libertad dada al hombre y con el de la Providencia

que le dió aquella libertad, viene á ser como el punto de conjuncion de los dogmas que sirven para explicar el orden y el concierto especial en que fueron puestas las cosas humanas, con aquellos otros mas universales y mas altos, que sirven para explicar el peso, número y medida en que fueron criadas por el Criador todas las criaturas.

Siguiendo ahora en la exposicion de los dogmas relativos al orden humano, veremos salir de ellos, como de copiosísima fuente, aquellas leyes generales de la humanidad que nos dejan atónitos por su sabiduría y como pasmados por su grandeza.

Del dogma de la concentracion de la naturaleza humana en Adán, unido al dogma de la trasmision de esa misma naturaleza á todos los hombres, procede, como una consecuencia de su principio, el dogma de la unidad sustancial del género humano. Siendo el género humano uno, debe ser al mismo tiempo vario, segun aquella ley, la mas universal de todas las leyes, á un mismo tiempo física y moral, humana y divina, en virtud de la cual todo lo que es uno se descompone en lo que es vario, y todo lo que es vario se resuelve en lo que es uno. El género humano es uno por la sustancia que le constituye, y es vario por las personas que le componen: de donde se sigue que es uno y vario al mismo tiempo. De la misma manera, cada uno de los individuos que componen la humanidad, estando separado de los demás por lo que le constituye individuo, y junto con ellos por lo que le constituye individuo de la especie, es decir, por la sustancia, viene á ser, como el género humano, uno y vario á un mismo tiempo. El dogma del pecado actual es correlativo al dogma de la variedad en la especie; el del pecado original y el de la imputacion es correlativo al que enseña la unidad sustancial del género humano; y como consecuencia de uno y de otro, viene el dogma segun el cual el hombre está sujeto á una responsabilidad que le es propia, y á otra responsabilidad que le es comun con los demás hombres.

Esa responsabilidad en comun, á que llaman *solidaridad*, es una de las mas bellas y augustas revelaciones del dogma católi-

co. Por la solidaridad el hombre, levantado á mayor dignidad y á mas altas esferas, deja de ser un átomo en el espacio y un minuto en el tiempo; y anteviviéndose y sobreviviéndose á sí mismo, se prolonga hasta donde los tiempos se prolongan, y se dilata hasta donde se dilatan los espacios. Por ella se afirma, y hasta cierto punto se crea la humanidad, con cuya palabra, que carecía de sentido en las sociedades antiguas, se significa la unidad sustancial de la naturaleza humana, y el estrecho parentesco que tienen entre sí unos con otros todos los hombres.

Desde luego se echa de ver que lo que por este dogma gana la naturaleza humana en lo grandioso, eso gana el hombre en lo nobilísimo; al revés de lo que sucede con la teoría comunista de la solidaridad, de que hablaremos mas adelante: segun esa teoría, la humanidad no es solidaria, en el sentido de que es el vasto conjunto de todos los hombres solidarios entre sí porque por la naturaleza son unos, sino en el sentido de que es una unidad orgánica y viviente, que absorbe á todos los hombres, los cuales en vez de constituir la sirven. Por el dogma católico, la misma dignidad á que es levantada la especie, alcanza á los individuos. El Catolicismo no levanta por un lado su altísimo nivel para abatirle por otro, ni ha descubierto los títulos nobiliarios de la humanidad para humillar al hombre; sino que la una y el otro se levantan juntamente á las divinas grandezas y á las divinas alturas. Cuando poniendo mis ojos en lo que soy, me considero en comunicacion con el primero y con el último de los hombres; y cuando poniéndolos en lo que obro, veo á mi accion sobrevivirme y ser causa, en su perpétua prolongacion, de otras y de otras acciones que á su vez se sobreviven y se multiplican hasta el fin de los tiempos; cuando pienso que todas esas acciones juntas, que en mi accion tienen su origen, toman un cuerpo y una voz, y que alzando esa voz que toman, me aclaman no solo por lo que hice sino por lo que hicieron otros á causa de mí, digno de galardón ó digno de muerte; cuando todas estas cosas considero, yo de mí sé decir que me derribo en espíritu ante el acatamiento de Dios, sin acabar de comprender y de medir toda la inmensidad de mi grandeza.

¿Quién, sino Dios, pudo levantar tan concertadamente y por igual el nivel de todas las cosas? Cuando el hombre quiere levantar algo, no lo hace nunca sin deprimir aquello que no levanta: en las esferas religiosas, no sabe levantarse á sí propio sin deprimir á Dios, ni levantar á Dios sin deprimirse á sí propio; en las esferas políticas, no aciertan á rendir culto á la libertad, sin negar á la autoridad su culto y su homenaje; en las esferas sociales, no sabe otra cosa sino sacrificar la sociedad al individuo ó los individuos á la sociedad, como acabamos de ver, fluctuando perpetuamente entre el despotismo comunista ó la anarquía proudhoniana. Si alguna vez ha intentado mantenerlo todo en su propio nivel, poniendo en las cosas cierta manera de paz y de justicia, luego al punto la balanza en que las pesa ha rodado por tierra, hecha fragmentos, como si hubiera una irremediable falta de proporcion entre la pesadumbre de esa balanza y la flaqueza del hombre. No parece sino que Dios, al consagrarle rey en los dominios de las ciencias, sustrajo á su potestad y á su jurisdiccion una sola: la ciencia del equilibrio.

Esto serviría para explicar la impotencia absoluta á que todos los partidos equilibristas aparecen condenados en la historia; y por qué el gran problema de la conciliacion de los derechos del Estado con los individuales, y del orden con la libertad, es todavía un problema, viniendo como viene planteado desde que tuvieron principio las primeras asociaciones. El hombre no puede mantener en equilibrio las cosas sino manteniéndolas en su sér, ni mantenerlas en su sér sino absteniéndose de poner en ellas su mano. Puestas todas y bien asentadas por Dios en sus firmísimos asientos, toda mudanza en su manera de estar asentadas y puestas es necesariamente un desequilibrio. Los únicos pueblos que han sido á un tiempo mismo respetuosos y libres, los únicos gobiernos que han sido á un tiempo mismo mesurados y fuertes, son aquellos en que no se ve la mano del hombre, y en que las instituciones se vienen formando con aquella lenta y progresiva vegetacion con que crece todo lo que es estable en los dominios del tiempo y de la historia.

Esa gran potestad que por excepcion ha sido negada al hombre,

no sin altísimo consejo, reside en Dios de una manera especial y privativa. Por eso, todo lo que sale de su mano, sale de ella en un equilibrio perfecto, y todo lo que se está en donde lo puso Dios, se mantiene perfectamente equilibrado. Sin acudir á ejemplos extraños á la cuestion, nos bastará la cuestion misma que venimos planteando y resolviendo, para dejar esta verdad puesta fuera de toda duda.

La ley de la solidaridad es tan universal, que se manifiesta en todas las asociaciones humanas; y esto hasta tal punto, que el hombre cuantas veces se asocia, tantas cae bajo la jurisdiccion de esa ley inexorable. Por sus ascendientes, está en union solidaria con el tiempo pasado; por el tracto sucesivo de sus propias acciones y por su descendencia, entra en comunion con los tiempos futuros; como individuo de una sociedad doméstica, cae bajo la ley de la solidaridad de la familia; como sacerdote ó magistrado, está en comunion de derechos y de deberes, de méritos y de prevaricaciones, con la magistratura ó con el sacerdocio; como miembro de la asociacion política, cae bajo la ley de la solidaridad nacional; y por último, en calidad de hombre, le alcanza la ley de la solidaridad humana. Y sin embargo, siendo responsable por tantos conceptos, conserva íntegra, intacta su responsabilidad personal, que ninguna otra disminuye, que ninguna otra restringe, que ninguna otra absorbe. Él puede ser santo siendo individuo de una familia pecadora, incorrupto é incorruptible siendo miembro de una sociedad corrompida, prevaricador siendo miembro de una magistratura intachable, y réprobo siendo miembro de un sacerdocio santísimo. Y al revés, esa potestad suprema que le ha sido conferida de sustraerse á la solidaridad por un esfuerzo de su voluntad soberana, en nada altera el principio de que, por punto general y dejada la libertad á salvo, el hombre es lo que son la familia en que nace, y la sociedad en que vive y en que respira.

Esta ha sido, en toda la prolongacion de los tiempos históricos, la creencia universal de todas las gentes, las cuales, aun despues de perdida la huella de las divinas tradiciones, tuvieron noticia de esta ley de la solidaridad. Si bien no levantaron el espíritu á la con-

templacion de toda su grandeza, conocieron aquella ley por instinto, pero ignoraron de todo punto en dónde tenia sus hondas raíces y sus anchísimos fundamentos. No siendo conocido el dogma de la unidad del género humano sino solo del pueblo de Dios, los otros no podian tener idea de la humanidad una y solidaria; empero si no podian hacer aplicacion de esta ley al género humano, que no conocian, la reconocieron y aun la exageraron en todas las asociaciones políticas y domésticas.

La idea de la trasmision misteriosa, por la sangre, no solo de las cualidades físicas, sino tambien de aquellas otras que están en el alma exclusivamente, basta por sí sola para explicar casi todas las instituciones de los antiguos, así las domésticas como las políticas y sociales. Esa idea es la idea misma de la solidaridad; como quiera que todo lo que se trasmite á muchos en comun, constituye la unidad de aquellos á quienes se trasmite; y que afirmar de muchos que estan en comunion entre sí, es lo mismo que afirmar de ellos que son solidarios. Cuando la idea de la trasmision hereditaria de las cualidades físicas y morales prevalece en un pueblo, sus instituciones son forzosamente aristocráticas; por esta razon, todos los pueblos antiguos, en los cuales lo que tiene de exclusivo esa idea cuando se aplica á ciertos grupos sociales, no estaba templado por lo que tiene de general y de democrático, si puede decirse así, cuando se aplica á todos los hombres, se constituyeron aristocráticamente: las razas mas gloriosas sojuzgaban y reducian á servidumbre á las razas inferiores; entre las familias que componian los grupos constitutivos de una raza, tomaba el poder aquella que contaba los mas gloriosos ascendientes. Los héroes, antes de venir á las manos, levantaban hasta las nubes la gloria de su esclarecido linaje. Las ciudades fundaban su derecho á la dominacion en sus árboles genealógicos. Aristóteles creia, con toda la antigüedad, que unos hombres nacia con el derecho de mandar y con las cualidades propias para el mando, y que recibian aquel derecho y estas cualidades juntamente por trasmision hereditaria: correlativa á esta comun creencia era la creencia comun de que habia entre las gentes razas malditas y desheredadas, incapaces de transmitir por

la generacion ninguna cualidad y ningun derecho, y condenadas por tanto á legitima y perpétua servidumbre. La democrácia de Aténas no era otra cosa sino una aristocrácia insolente y tumultuosa, servida por esclavizadas muchedumbres. La *Iliada* de Homero, monumento enciclopédico de la sabiduría pagana, es el libro de las genealogías de los dioses y de los héroes: considerada bajo este punto de vista, no es otra cosa sino el mas espléndido de todos los nobiliarios.

Esta idea de la solidaridad no tuvo entre los antiguos de desastrosa, sino lo que tuvo de incompleta: las varias solidaridades sociales, políticas y domésticas, no estando subordinadas gerárquicamente entre sí por la solidaridad humana, que á todas las ordena y las limita porque las abarca á todas, no podian producir otra cosa sino guerras, turbaciones, incendios y desastres. Bajo el imperio de la solidaridad pagana, el género humano se constituyó en estado de guerra universal y permanente; por eso, la antigüedad no ofrece á la vista otro espectáculo sino el de gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos, y razas por razas, y familias por familias, y ciudades por ciudades. Los dioses combaten con los dioses, los hombres con los hombres, y no pocas veces se lanzan unos contra otros en son de guerra, y vienen á las manos con estrépito los hombres y los dioses inmortales. Dentro de los muros de una misma ciudad no hay asociacion ninguna solidaria que no aspire á ejercer, primero sobre sus individuos y despues sobre las otras, una accion dominadora y absorbente. En la asociacion doméstica, la personalidad del hijo es absorbida por la personalidad del padre, y la de la mujer por el hombre: el hijo se convierte en cosa; la mujer, sujeta á perpétua tutela, cae en perpétua infamia; y el padre, señor del hijo y de la mujer, cambia su potestad en tiranía. Sobre la tiranía del padre está la tiranía del Estado, que absorbe en una comun absorcion á la mujer, al hijo y al padre, aniquilando de hecho la sociedad doméstica. Hasta el patriotismo no es entre los antiguos otra cosa sino la declaracion de guerra, hecha por una casta constituida en nacion á todo el género humano.

Viniendo ahora de las edades pasadas á las presentes, veremos,

por una parte, la perpetuidad de la idea contenida en el dogma, y por otra, la perpetuidad de sus estragos siempre que se desvia en todo ó en parte del dogma católico.

La escuela liberal y racionalista niega y concede la solidaridad á un mismo tiempo, siendo siempre absurda, así cuando la concede como cuando la niega. En primer lugar, niega la solidaridad humana en el órden religioso y en el político: la niega en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision hereditaria de la pena y de la culpa, fundamento exclusivo de este dogma; la niega en el órden político, proclamando máximas que contradicen la solidaridad de los pueblos. Entre ellas merecen una mencion especial la que consiste en proclamar el principio de no intervencion, y aquella otra, que la es correlativa, segun la cual cada uno debe mirar por sí y ninguno debe salir de su casa para cuidar de la ajena. Estas máximas idénticas entre sí no son otra cosa sino el egoismo pagano sin la virilidad de sus odios. Un pueblo adoc-trinado por las doctrinas enervantes de esta escuela llamará á los otros extraños, porque no tiene fuerza para llamarlos enemigos.

La escuela liberal y racionalista niega la solidaridad familiar, por cuanto proclama el principio de la aptitud legal de todos los hombres para obtener todos los destinos públicos y todas las dignidades del Estado, lo cual es negar la accion de los ascendientes sobre sus descendientes, y la comunicacion de las calidades de los primeros á los segundos por trasmision hereditaria. Pero al mismo tiempo que niega esa trasmision, la reconoce de dos maneras diferentes: la primera, proclamando la perpétua identidad de las naciones; y la segunda, proclamando el principio hereditario en la monarquía. El principio de la identidad nacional, ó no significa nada, ó significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talentos y de aptitudes entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las presentes y las futuras; y esta misma comunidad es de todo punto inexplicable, si no se la considera como el resultado de nuestra trasmision hereditaria. Por otra parte, la monarquía hereditaria, considerada como institucion